SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS
DIOS TODAVÍA NO HA TERMINADO SU OBRA EN TI
01-11-26

📖 Apocalipsis 7, 2-4. 9-14 | Salmo 24 | 1 Juan 3, 1-3 | Mateo 5, 1-12a

Un niño pequeño estaba visitando una iglesia con su abuela. La luz del sol entraba a través de los vitrales, iluminando los rostros de los santos. «Abuelita, ¿quiénes son esas personas?», preguntó el niño. «Esos son los santos, cariño».

Unos días después, su maestra preguntó a la clase: «¿Alguien sabe qué es un santo?». El niño levantó la mano y respondió: «Un santo es alguien a través de quien brilla la luz».

¡Qué respuesta tan hermosa!, ¿verdad?

La mayoría de nosotros imaginamos a los santos como personas extraordinarias que nunca perdieron la paciencia, nunca tomaron decisiones terribles y probablemente nunca dijeron algo de lo que después se arrepintieron. ¡Si esos fueran los requisitos, el cielo estaría bastante vacío!

Pero aquel niño había comprendido algo profundamente verdadero. Los santos no son personas que producen su propia luz. Son personas que permiten que la luz de Dios brille a través de ellas. Y, a veces, esa luz resplandece en las vidas de quienes menos esperaríamos.

En la primera lectura de hoy, San Juan contempla una multitud inmensa, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie ante el trono de Dios, vestidos con túnicas blancas.

El cielo está lleno de personas de todos los orígenes, unidas no por sus antecedentes, sino por la misericordia de Dios. Sus túnicas no eran blancas porque nunca se hubieran ensuciado, sino porque Cristo las había purificado.

Pensemos en Pedro, que negó a Jesús cuando su amigo más lo necesitaba. Pensemos en Pablo, que persiguió a los cristianos antes de convertirse en apóstol.

Pensemos también en el criminal que moría junto a Jesús. No podía deshacer sus crímenes, recuperar los años perdidos ni reparar todo lo que había destruido. Lo único que podía hacer era volverse hacia Jesús y pedirle que se acordara de él.

Y Jesús le prometió el paraíso.

La misericordia de Dios no cambió su pasado. Cambió su futuro.

Quizás una de las cosas más difíciles de estar aquí no sean solamente las puertas cerradas o la falta de libertad. Quizás sea preguntarse si las personas que amas todavía piensan en ti.

Si tus hijos recuerdan las cosas buenas de ti. Si alguien a quien decepcionaste volverá algún día a mirarte de la misma manera.

A veces, cuando parece que el mundo se ha olvidado de nosotros, comenzamos a preguntarnos si Dios también se habrá olvidado.

Pero escuchen estas palabras extraordinarias de San Juan:

«Miren cuánto amor nos ha tenido el Padre, pues no solo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos».

No algún día, cuando finalmente hagamos todo bien. **Ahora.**

Antes de que alguien te asignara un número, Dios te dio un nombre. Antes de que alguien pronunciara una sentencia, Dios ya te conocía como hijo suyo.

Tus errores importan. Las personas a quienes has lastimado importan. Asumir la responsabilidad de tus actos importa.

Pero existe una diferencia enorme entre decir: «He hecho algo terrible» y creer: «Yo no soy más que algo terrible». Lo primero puede llevar al arrepentimiento. Lo segundo conduce a la desesperación.

Y la desesperación no es la voz de Dios.

El perdón de Dios no es simplemente un permiso para dejar de sentir culpa. Es una invitación a dejar de ser la persona que causó aquel daño.

Por eso Jesús nos entrega las Bienaventuranzas.

Bienaventurados los misericordiosos, los que trabajan por la paz, los que tienen hambre y sed de justicia.

Jesús no está describiendo a personas que nunca han tenido dificultades. Nos está mostrando cómo es un corazón transformado.

Tal vez no puedas controlar cuándo se abrirá una puerta pesada, pero sí puedes decidir si permitirás que la amargura controle tu corazón.

Puedes decir la verdad cuando mentir parece más seguro. Puedes negarte a humillar a alguien que ya está pasando por un momento difícil. Puedes rezar por alguien a quien todavía no estás preparado para perdonar.

Y, a veces, la santidad significa simplemente mantener la boca cerrada cuando alguien está a punto de hacerte perder la paciencia.
¡Y si logras hacerlo mientras convives con alguien que ronca como una motosierra, discute por todo y cree que siempre tiene la razón, quizás ya estés a medio camino de la canonización!
Pero quizás las palabras más esperanzadoras de hoy vienen de San Juan:
«Aún no se ha manifestado lo que seremos».
Piensa en eso.
Tu historia todavía no ha terminado.
Puede que algunas relaciones nunca se restauren. Puede que ciertas consecuencias permanezcan. Puede que algunas heridas necesiten años para sanar.
Pero nada de eso significa que Dios haya dejado de trabajar en ti.
La santidad no consiste en fingir que el pasado nunca ocurrió. Consiste en permitir que la gracia de Dios transforme lo que viene después.
Cada disculpa sincera, cada acto de bondad, cada tentación vencida, cada oración susurrada cuando nadie te escucha, se convierte en parte del hombre que estás llegando a ser.
Quizás no veas el cambio inmediatamente.
Pero Dios sí lo ve.
¿Recuerdan a aquel niño que contemplaba los vitrales de la iglesia?
Él dijo que un santo es alguien a través de quien brilla la luz.
Quizás ahora mismo sientas que tu vida es como un vidrio roto: promesas rotas, relaciones destruidas, sueños hechos pedazos.
Pero los vitrales son hermosos no porque cada pedazo de vidrio sea perfecto, sino porque la luz pasa a través de ellos.
Dios no finge que tu vida no tiene partes rotas. Tampoco te pide que tú lo finjas.
Lo que te pide es que permitas que su gracia entre precisamente en esas heridas.
No tienes que esperar hasta salir de este lugar para comenzar a ser santo.
Puedes comenzar hoy.
Tu pasado puede explicar cómo llegaste hasta aquí, pero no tiene por qué decidir en quién te convertirás.
Un santo no es alguien que nunca necesitó la misericordia de Dios.
Un santo es alguien que permitió que esa misericordia transformara su vida.
Y escuchen esto con toda claridad, hermanos míos:
¡DIOS TODAVÍA NO HA TERMINADO SU OBRA EN TI!

UNA ORACIÓN
Señor Jesús:
Tú conoces toda mi historia: los errores de los que me arrepiento, las personas que extraño, las heridas que llevo dentro y los temores que pocas veces me atrevo a compartir.
Dame el valor para enfrentar mi pasado sin perder la esperanza en mi futuro.
Ayúdame a asumir la responsabilidad de lo que he hecho y a reparar todo aquello que todavía esté en mis manos reparar.
Cuando me sienta olvidado, recuérdame que Tú conoces mi nombre.
Cuando me sienta sin valor, recuérdame que soy hijo tuyo.
Cuando la amargura llene mi corazón, enséñame a ser misericordioso.
Y cuando no pueda ver nada hermoso en mi vida, ayúdame a confiar en que tu luz todavía puede brillar a través de mí.
Señor, no permitas que me rinda ni que pierda la esperanza en el hombre que Tú me estás ayudando a ser.
Amén.